

LITERATURA CULTA Y LITERATURA POPULAR

León David

El tema sobre el que me dispongo, no sin cierta aprehensión, a hilvanar algunas ideas es, a mi entender, uno de los que más se presta a conflictivas interpretaciones y enojosas polémicas... En efecto, abordar el problema de lo "culto" y lo "popular" en la literatura nos remite inmediatamente a un ámbito de consideraciones en donde arraigados prejuicios que tienen mucho que ver con posturas inconscientes y actitudes anímicas primarias, van a teñir el discurso con su fuerte pigmentación emotiva la que, por lo común, tiende a añadir confusión y oscuridad a un panorama ya de por sí poco claro y confuso. Y es que, mucho me temo, contados asuntos hay dentro del campo del análisis académico capaces de avivar la peligrosa hoguera de la pasión como este de lo "popular" y lo "culto" en la literatura que, más por insoslayable compromiso que por personal inclinación, me veo obligado a tratar ante ustedes...

Sea. Como quiera que es ya demasiado tarde para echarme atrás -dice un conocido adagio popular que "chivo que se devuelve se esnuca"- voy al menos a intentar que se me perdone la imprudencia aclarando, a modo de introducción, el alcance real de las someras, incompletas, asistemáticas, y sobre todo, nada originales reflexiones que aquí esbozaré a riesgo de provocar bostezos y alimentar más que justificada exasperación...

La cuestión de lo "popular" y lo "culto" en la literatura no es nueva; por el contrario, ha hecho derramar -sospecho que a veces de manera bastante inútil y torpe- barriles enteros de tinta. Porque el tema, sin duda, se presta a equívocos a pesar de su sospechosa y aparente simplicidad, simplicidad que se resume en dos trillados conceptos (cultura y pueblo) los cuales, por ser tan corrientes, tan de uso cotidiano y general suponemos no ofrecen riesgo alguno de incompreensión... ¿Acaso no sabemos lo que es el pueblo? ¿No nos referimos siempre al mismo objeto cuando mencionamos la palabra cultura?... Justamente, el problema comienza por ahí: no es verdad que esos dos términos remitan para cada persona que habla el castellano a idéntico significado. Pues se trata de expresiones que podríamos calificar de "problemática", o sea, signos lingüísticos complejos que se refieren a un ámbito semántico de vital importancia social y, por tanto, (puesto que nuestra sociedad es todo menos homogénea y pacífica) preñados de connotaciones valorativas antagónicas que, por lo común, cualquiera que sea la indole de la discusión, usurpan el primer plano del escenario y por él se pelean.

Agrádenos o no, no tiene lo que acabo de referir nada de sorprendente. Hay temas y temas. Frente a algunos nos es mucho más fácil adoptar una postura de desprendimiento psicológico que frente a otros. Si la discusión gira en torno a problemas de gusto, de creencia en los que nuestra orientación vital, criterio moral y, consecuentemente, nuestras tendencias afectivas más profundas están involucradas, cualquier desacuerdo, por mínimo que sea, puede degenerar en menos de lo que canta un gallo en violencia verbal e, inclusive, en agresión física. Si, por el contrario, el objeto sobre el que debatimos, en razón de su propia naturaleza abstracta, alejada de la cotidianidad emocional de nuestra experiencia práctica no se deja relacionar directamente con aquella esfera beligerante de valores que antes mencionamos, entonces el análisis, independientemente de las discrepancias a que dé lugar, podrá desenvolverse de manera sosegada, racional, asépticamente académica.

Para desgracia mía, la cuestión sobre la que me propongo bordar algunas reflexiones -más a modo de conjetura e hipótesis que de fundamentado razonamiento- no cabe en esta última categoría y sí en la que le precede. En efecto, aunque a primera vista el asunto que hasta aquí me ha traído pareciera ser de índole teórica, un aspecto que concierne a la literatura, y que cabe, por tanto, ser desarrollado de manera especializada, tan pronto nos adentramos en materia comprobamos que semejante presuposición es francamente ilusoria. Pues aunque el tema que nos interesa es la literatura, el fenómeno literario en una de sus múltiples manifestaciones, el enfoque mismo del problema, que incluye lo "popular" y lo "culto", nos obliga a recurrir por la naturaleza misma del campo semántico que abarcan tales términos, a conceptos ideológico-valorativos que resuman emotividad y que pertenecen a la esfera alto conflictiva de lo "social". La tentación de resbalar por la pendiente del análisis político resulta entonces casi irresistible. Pero, al mismo tiempo, nos llevaría también inevitablemente a asumir un discurso más de barricada que de interpretación, en donde la vehemencia del tono y la toma de partido ocultan por lo general una lamentable carencia de criterios literarios seriamente defendibles.

De hecho, el equívoco comienza cuando desde el mismo título de este ensayo oponemos lo "culto" a lo "popular" y nos quedamos tan tranquilos... Pues a nadie pasa por la cabeza que cultura se opone a incultura o a ignorancia pero no a "pueblo" ni a "popular". Mientras que el antónimo de popular sería elitista o de la alta clase... En pocas palabras, lo que sucede es que al oponer lo "popular" a lo "culto" estamos aceptando en la práctica, aunque de ello no caigamos en cuenta, que el pueblo es inculto mientras que la gente con cultura no son del pueblo... Al pueblo se le define por su ignorancia mientras que la "cultura" sería un atributo de un sector minoritario y privilegiado de la sociedad que se ve a sí mismo como ajeno a la ignorancia y, por tanto, ajeno a la pútrida contaminación con la rústica plebe.

Estemos o no de acuerdo con esta forma de pensar, (yo estoy lejos de dar mi consentimiento ante quienes así opinan) lo cierto es que cualquier discusión en torno a lo "popular" y lo "culto" en literatura obligatoriamente va a desarrollarse sobre ese trasfondo ideológico que implica una visión peyorativa de lo popular respecto de lo culto, visión frente a la cual podemos adoptar una actitud de aceptación o de rechazo. Lo que sí no podremos evitar es tener presente de manera constante ese marco de referencia valorativo que se manifiesta, independientemente de nuestra voluntad, en la compleja red de connotaciones afectivas que se activan apenas pronunciamos las palabras "popular" y "culto". Y puesto que no estamos en capacidad de obviar semejante telón de fondo, en interés de que nuestro esfuerzo interpretativo no sea del todo infecundo, más vale tenerlo presente, hacerlo explícito continuamente durante el transcurso del análisis.

Pero tratemos de agarrar -tarea ciertamente ingrata- al toro por los cuernos: creo que para que este razonamiento alcance algún resultado positivo conviene separar dos aspectos diferentes -a pesar de que siempre se dan unidos- en el tema que nos ocupa. Me refiero al aspecto literario por un lado, y al social, por el otro. El hecho de que la literatura, toda literatura sea producto de la sociedad y tenga como base y condición una determinada realidad social más o menos evolucionada, no nos impide en ningún modo establecer la anterior demarcación. Porque sociedad y literatura no son la misma cosa así como todas las flores tienen color pero no todo lo que tiene color son flores...

Desde el punto de vista social nos vamos a encontrar con que el pueblo, la palabra "pueblo", lejos de remitirnos a una categoría abstracta apunta a un objeto muy concreto que constantemente tenemos frente a nuestras narices. Socialmente el pueblo y, consecuentemente lo popular, se definen por contraposición -no podía ser de otro modo- a otro sector de la sociedad que no sería pueblo; por oposición a las élites. Ejemplifiquemos: los que estamos aquí, discutiendo abstrusas cuestiones de literatura, empeñados en precisar conceptos en torno a lo "popular" y lo "culto", no pertenecemos, por mucho que

esto nos duela, al pueblo. El pueblo no se preocupa por estas cosas. El pueblo -en nuestro país al menos- es esa inmensa mayoría de gente cuya preocupación fundamental consiste en averiguar cómo va a hacer para comer mañana, y que, cuando se divierte, hace cualquier cosa salvo leer un poema o extasiarse con una novela. El pueblo es siempre el gran ausente en las discusiones en que indefectiblemente sale a relucir... En pocas palabras, en una sociedad dividida en clases, donde la riqueza y el saber están desigual e injustamente repartidos, el pueblo se va a identificar con aquel sector mayoritario de personas que por dedicar el grueso de sus energías a subsistir en condiciones deplorables, no está en capacidad de producir ni de disfrutar de eso que llamamos arte y literatura...

Quizás convenga, llegados a esta altura del análisis, aclarar qué entiendo yo por literatura y arte auténticos: son aquellas manifestaciones superiores de la sensibilidad y el intelecto que sin perder su carácter lúdico, problematizan la existencia, plantean un nuevo sentido de la vida y proponen una nueva forma más amorosa, más humana de ser. Esto sólo se da en la literatura y el arte de las élites. Con lo que no quiero decir que el pueblo no sea capaz de producir muestras de arte y literatura valiosas; pero lo hará sin darse cuenta que lo está haciendo y lo mismo disfrutará con una mala canción que con una décima hermosa. Lo que nosotros llamamos literatura y arte popular, para el pueblo es simple diversión. El pueblo se divierte, y cuando crea en función de divertirse hace cosas muy buenas unas y terriblemente defectuosas otras, en tanto de todas disfruta por igual. Pero lo esencial es que no tiene conciencia de estar haciendo arte o literatura, ni mucho menos le preocupa que lo consideren artista o literato. El folklore es un invento de la élite, no del pueblo. El pueblo baila y canta, y recita poemas, y decora su casa con imágenes; el folklorista, que pertenece a otro sector social, toma luego esas manifestaciones como muestras de arte o de literatura popular cuando en realidad no intentan ser eso porque, repetimos no existe en el pueblo una clara y definida conciencia estética en el sentido en que la experimentamos nosotros cuando apreciamos, por ejemplo, la lectura de "Cien Años de Soledad", o la

audición de la "Novena Sinfonía de Beethoven". Podemos eliminar todas las manifestaciones literarias del pueblo y aún nos quedaría una literatura dominicana. Pero si de repente eliminamos a Juan Bosch, a Moreno Jimenes, a Franklin Mises Burgos, a Pedro Henríquez Ureña, a Manuel Del Cabral del parnaso de nuestras letras, la literatura dominicana se vería seriamente empobrecida. Porque aunque la literatura no sea ajena al pueblo, el pueblo, desgraciadamente, sí es ajeno a la literatura.

...No podía ser de otro modo. Para hacer arte auténtico y literatura valiosa se requiere tiempo libre y preparación. En el transcurso de la historia hasta nuestros días sólo las élites han dispuesto de esas ventajas. Nada de raro tiene, pues, que el arte se confunda con arte de élite y la literatura con literatura culta.

El asunto merece que nos explayemos con mayor morosidad en este punto. Tomemos como ejemplo la poesía... Es bien sabido que no todo el mundo es capaz de tener acceso al lenguaje poético. La razón es muy simple: comprender la poesía -no digamos ya hacerla- supone por parte del lector la posesión y el manejo de un código artístico que sólo el dominio de la tradición literaria y un largo entrenamiento en el uso de la palabra en su función expresiva proporcionan. En efecto, el texto poético no puede descifrarse del mismo modo que nos enteramos, tomemos por caso, del contenido de un artículo periodístico. El discurso del poeta no es práctico, no es reflexivo ni lógico, de ahí que lo que nos transmite, o sea su núcleo cognoscitivo poético, está sujeto a una dinámica lingüística propia y peculiar que se caracteriza, entre otras cosas, por no hacer referencia a la realidad si no en la medida en que tal referencia implica una conformación verbal única, no reemplazable que pone a vivir frente a nuestros ojos sensiblemente un nuevo objeto textual, texto que antes que mencionar cosas nos obliga a enfocarlas de acuerdo al inédito modo que en el autor estas provocaran. El discurso poético conforma siempre un segundo nivel de significación que si bien sólo puede darse apoyándose en el uso cotidiano de la lengua -que es el primer nivel- en ningún modo se confunde con éste. Y el problema consiste justamente, en poder alzarnos hasta ese

segundo y empinado estrato. Para ello se precisa cordeles mucho más firmes que los que nos brinda el simple adiestramiento que nos permite comunicarnos en nuestra lengua materna; una nueva pericia se requiere que exige la familiaridad con el enfoque no pragmático o utilitario sino estético de la palabra. Sin este enfoque no hay poesía porque el territorio poético (o el de cualquier arte) no lo conquista el individuo sin una prolongada y tenaz lucha con el instrumento idiomático, lucha que va desarrollando paulatinamente la capacidad de advertir nuevos matices, nuevas connotaciones, nuevos valores asociativos que, al sumarse, crean un signo diferente no reducible a sus componentes aislados y una especial significación tampoco asimilable a las ideas que en el texto se desarrollan. De ahí que para el lector ingenuo, poco ducho en las lides literarias, todo poema parece una manera forzada, afectada y anti-natural de expresión. Y es claro que si por naturalidad entendemos el uso práctico, puramente referencial y denotativo del lenguaje, la poesía tiene que ser vista como el sumun de la artificiosidad. De hecho, todo aquello a lo que no estamos habituados nos parece extraño y poco natural. Si no estamos familiarizados con el enfoque poético la poesía pasará por detrás de nuestros ojos cual pasajero clandestino, sin que nada valioso nos haga el texto descubrir.

¿Qué significado "objetivo" puede tener el siguiente fragmento:

Allí donde furioso los pájaros devoran
con el ámbar pulido de sus últimos cantos
el crecido racimo de una luna madura;
allí donde florecen todas las claridades
mi amor está esperando que retorne tu risa,
madrugada desnuda parida entre dos rosas,
rumor de caracoles en las manos del viento.

¿A qué hace referencia el poeta? ¿A pájaros, a la luna, a racimos, a cantos, a rosas, a caracoles?... No. Tales términos que nos remiten a objetos por todos conocidos no constituyen el significado de ese breve texto. Pues ¿ha visto alguien alguna vez

a pájaros furiosos devorando la luna? ¿Acaso tiene alguna semejanza esta última con un racimo crecido? ¿En qué se parece la risa a una madrugada desnuda parida entre dos rosas?... Es evidente que si sólo nos atenemos al significado primario de los términos que en el fragmento escogido utiliza el poeta nos resultará imposible no ya entender la poesía que aquello pueda contener sino que tampoco podremos desentrañar nada que no tenga la sospechosa apariencia de delirio esquizofrénico.

Empero, resulta que el poeta -en este caso Franklin Mises Burgos- no está mencionando hechos y fenómenos de la naturaleza porque sea eso lo que le preocupa, sino que trae a colación tales hechos y fenómenos con el fin de aludir por asociación, por sugerencia, por afortunado encuentro de sutiles matices connotativos, a un estado de ánimo íntimo de asombrado éxtasis amoroso que sólo puede traslucirse por medio de una visión tropológica en la que la imagen acapara el primer plano de la atención prolongándose en series paralelas que, por la homogeneidad de elementos que las constituyen, van creando un ámbito fantástico de cristalina diafanidad, paisaje metafórico que responde con maravillosa coherencia a la verdadera necesidad expresiva del autor... Los pájaros furiosos devorando la luna nos remiten a la violencia de la pasión que devora al amante. A su vez, vocablos como "luna madura", "florecen", "claridades", "madrugada desnuda", nos sugieren con su mezcla de sensualidad y de esperanza la belleza y satisfacción del amor que aguarda ser correspondido. A esto es a lo que hace referencia el poema: el significado literal de la palabra es sólo la materia prima que le permite al poeta elaborar ese segundo y fundamental nivel semántico. Nivel al que la cadencia musical del verso alejandrino añade un nuevo elemento rítmico y sonoro que contribuye en no escasa medida a forjar el clima de fascinación y plácida armonía en el que autor se complace en introducirnos.

Basta con lo ya dicho, pues podríamos hasta el infinito prolongar los ejemplos; pero sería llover sobre mojado.. Creo que lo que acabo de expresar aclara con suficiente nitidez el problema que nos ocupa: la verdadera literatura exige conciencia estética;

tal conciencia -por falta de formación- no existe o sólo se da en atisbos muy rudimentarios entre los sectores populares. No es otro el motivo de que el pueblo no entienda a los poetas ni demuestre interés por la poesía que éstos hacen. Modificar tal situación (que sin duda merece ser modificada) es un problema de política cultural en el que todos estamos involucrados pero que excede el marco del quehacer poético y los límites de estas demasiado escuetas reflexiones.

